

TESTIGOS EN LA ESCUELA

10

**EL ALUMNO,
CENTRO
Y PROTAGONISTA
DEL ACTO
EDUCATIVO**

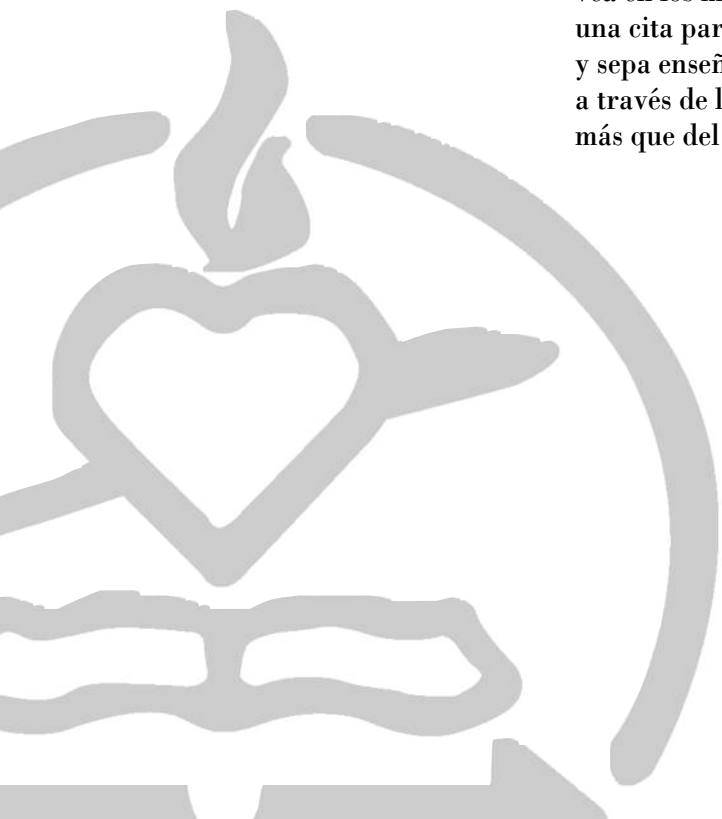
M.^a Paz Martín de la Mata, A.M.



Publica:**FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA****Coordinan:****María Paz MARTÍN DE LA MATA
Santiago M. INSUNZA SECO****Colabora:****Comisión de educación FAE****Imprime:****Grafinat, S.A.
Argos, 8
28037 Madrid****ISBN (Obra completa): 84-932490-0-9****ISBN: 84-96029-03-4****Depósito Legal (Obra completa): M-26.388-2002****Depósito Legal: M-35.321-2002**

ORACIÓN DEL EDUCADOR AGUSTINIANO

Enséñame, Señor, lo que tengo que enseñar,
y enséñame, sobre todo,
lo que tengo que aprender.
Para que también yo
continúe considerándome alumno
en la escuela donde Tú
eres el único maestro
que enseñas desde dentro.
Aumenta mi hambre de verdad
para que no descanse
sobre conquistas fáciles,
sino que convierta la vida entera
en una búsqueda incesante.
Que sepa amar sin condiciones,
como amas Tú,
vea en los más débiles
una cita para la entrega gratuita
y sepa enseñar siempre con alegría
a través de los gestos,
más que del discurso de las palabras.



EL año 1994, la FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA celebró, en Madrid, un encuentro bajo el título AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN. Aquella feliz iniciativa –ya en su novena edición– ha contribuido a definir las líneas maestras de la pedagogía agustiniana y a crear un foro de reflexión sobre los temas más vivos de la educación contemporánea. Las ponencias de esas jornadas se han venido publicando, año tras año, y constituyen una bibliografía valorada en el mundo agustiniano de habla hispana.

Con el programa «TESTIGOS EN LA ESCUELA», la FAE quiere, ahora, poner en manos de todos los educadores unos cuadernos monográficos que vayan desgranando los matices diferenciales de una propuesta educativa con sello agustiniano. El manantial de intuiciones que brota del pensamiento de san Agustín no queda aquí agotado, a lo más sugerido.

Los Equipos Directivos de los distintos Colegios instrumentarán la metodología y el calendario más adecuados para ese necesario tránsito de la lectura personal a la reflexión compartida.

La sociedad, particularmente la escuela, necesita *testigos*. Hombres y mujeres que confiesen abiertamente las razones que sostienen su vida y den razón de su esperanza. No hay que *imponer* nada, pero hay que ser capaces de *proponer*. La verdad de la vida cotidiana es el mensaje más transparente. Aunque haya interferencias.

El alumno, centro y protagonista del acto educativo

MARÍA PAZ MARTÍN DE LA MATA, A.M.

«*Aquel que no pueda sonreír, no debe tener tienda*», dice un proverbio chino. Traducido al contexto de la educación se podría decir: aquel que no ame a los niños y a los jóvenes, no debe presentarse en un aula. Los niños y jóvenes reales, de carne y hueso, vestidos y peinados a su manera. Los niños y jóvenes de hoy, sin esa mirada de nostalgia hacia el pasado cuando «todo era diferente». La educación, como la medicina y la sastrería, no se entiende sin unas personas delante que presentan unos síntomas concretos, tienen una talla, una personalidad y unos caracteres singulares. La contemplación y aceptación de la realidad infantil y juvenil, determinan el grado de identificación del educador con su misión.

Evidentemente, es mucho más fácil amar a los alumnos que no existen, que acompañar a los que existen. Como

también es más fácil hablar de los muchos logros que se podrían alcanzar si los alumnos fueran otros.

Lo mismo se puede decir de los padres y hasta de nosotros mismos. Aunque parezca una expresión muy cruda y simple, *hay lo que hay* y nosotros *somos lo que somos*. Tampoco es el momento para soñar en una sociedad diferente o en otra ley de educación. Hay que situarse ante los niños y jóvenes reales, caminar con las orientaciones educativas que nos llegan, atender a los padres que solicitan entrevistarse con nosotros y que, en todo momento, nuestra forma de vivir sea un elocuente discurso (cf. *La doctrina cristiana* 4,29,61).

«Lo que no podemos hacer de ningún modo es satanizar "esta sociedad"; ni quejarnos de "estos niños"; ni lamentar cómo está "esta educación". Porque todo ello es nuestra realidad, el

lugar donde llevar a cabo la misión de educar y lo haremos mejor cuanto más la comprendamos y con más conocimiento de causa abordemos la situación. Pero realismo no significa derrotismo ni aceptación fatalista de los hechos ni aferrarse a la pequeña parcela de realidad de cada día sin ver más allá, sino elevar un poco la mirada, tomar perspectiva y actuar en consecuencia.»

(Mercedes Muñoz-Repiso Izaguirre, *Educación en positivo para un mundo en cambio*, Ed. PPC, Madrid 2000, p. 74)

En este caso, el lenguaje puede ser una ayuda importante. El título del tema es: «*El alumno, centro y protagonista del acto educativo*». Podrá decir alguien que en el acto educativo intervienen otras mediaciones humanas. De acuerdo, pero —con el diccionario en la mano— hay que recordar el significado de protagonista: «personaje principal de la acción en una obra literaria o cinematográfica. Por extensión, *persona o cosa que en un suceso cualquiera desempeña la parte principal*». Protagonistas no hay más que uno y, hablando con precisión, el término no admite ningún plural. De acuerdo que el alumno o la alumna no viven en una isla y tampoco son autosuficientes para casi nada, pero el resto de quienes nos movemos en torno a los alumnos somos, muy a pesar de algunos, actores secundarios. La acción

educadora, por tanto, gravita sobre el alumno y se ha de ajustar a su perfil y a sus necesidades concretas. Entran, aquí, las notas diferenciales que la cultura, el momento evolutivo, el ambiente familiar o social, etc. acompañan y singularizan a cada persona.

Alumno se es toda la vida, pero, ahora, vamos a fijar la atención, de modo particular, en el itinerario escolar previsto por la Ley actual de Educación. La primera observación que hay que hacer es que las aulas albergan a unos niños y unos jóvenes que viven la etapa más frágil e inestable de su historia personal. Todo es incipiente e inacabado: el desarrollo físico, la autonomía económica, el deseo de independencia ideológica... Se llega, así, a la conclusión de estar ante un período determinado, necesariamente, por la dependencia.

Existen, entonces, los niños y los jóvenes que la sociedad produce, y su falta de identidad y su grado de contrariedad se debe, en parte, a la indefinición y variedad de propuestas que reciben. Nada le sucede a la juventud que le sea extraño a los adultos.

Tocamos, aunque sólo tangencialmente, el tema de los valores. Se dice que estamos *ante una crisis de valores*, se habla de la *educación en valores* y hay quienes afirman que la transformación más determinante de nuestro tiempo es, sin duda, el *cambio de valores*. Como resultado de distintas vibraciones sociales y culturales, se ha producido

una *transvaloración*, una mutación significativa de valores.

El gran desafío con que se encuentra la educación en el momento actual es la integración de un sistema de valores compartidos sobre el que construir la propia vida y el entramado social. Toda educación se desarrolla sobre un determinado sistema de valores (cf. Abilio DE GREGORIO, *La escuela católica... ¿Qué escuela?*, Ed. Anaya, Madrid 2001, p. 112). Más allá de los procesos de instrucción y de socialización, educar es *ayudar a ser persona* y la personalización requiere la presencia de unos valores que orienten el propio desarrollo. Nadie se realiza elevándose a sí mismo por sus propias fuerzas, sino mediante una relación de diálogo con los demás y el encuentro con unos *valores de sentido*. Se trata, entonces, de contribuir a la clarificación de unos valores que puedan hacer de buque insignia del comportamiento personal. De lo contrario, los niños y jóvenes, inmersos en una cultura mosaico, viven y asimilan un conjunto disperso, fragmentado y, a veces, contradictorio, de pautas de conducta. Este inevitable pluralismo sitúa a la escuela ante la aspiración a convertirse en un *espacio de construcción de valores comunes* (cf. Antonio BOLÍVAR, *La evaluación de valores y actitudes*, Ed. Anaya, Madrid 1995, p. 45). Sin la referencia a un mundo de valores, se impone el pragmatismo, el enfriamiento de la utopía y el abandono de todo idealismo. Es una mala noticia que los jóvenes vean imposible soñar y que, en vez de pensar en lo imposible, preocupe aprender a gestionar lo real. «*Mientras*

en el 68, según el vocabulario en vigor, los jóvenes tenían miedo de ser “ahogados por el sistema”, ahora tienen miedo de ser excluidos de él. Consecuentemente, ellos han alterado la orientación misma del horizonte y de las expectativas» (Joaquín GARCÍA ROCA, *Constelaciones de los jóvenes*, Cristianisme i Justicia, Barcelona 1994, p. 13).

«En estos tiempos se necesitan más que nunca valores, puntos de referencia, y es necesario y urgente un plan de acción educativo basado en tres grandes pilares: la no violencia, la igualdad y la libertad. Éstas deberán ser las bases de la educación en todos los países, cualesquiera que sean sus creencias, sus principios religiosos o sus sensibilidades culturales. El reto, pues, es crear un humanismo nuevo para el siglo XXI.»

(Fernando G. LUCINI, *Temas transversales y educación en valores*, Ed. Anaya, Madrid 1994, p. 9)

A pesar de la necesidad apuntada por Fernando Mayor Zaragoza, Director General de la UNESCO en otro tiempo, de unos valores que, a modo de *grandes pilares*, estén presentes en todos los programas educativos y constituyan una base humanística común, la realidad es otra, y da la impresión que la verdad, si no se ha hecho añicos, por lo menos se ha fragmentado.

Si antes se podía hablar de los valores como esqueleto ético-moral de la conducta, la falta de acuerdo sobre unos valores comunes debilita el carácter ejemplar de cualquier propuesta. La ausencia de valores, por otra parte, vacía la vida humana de motivación y la deja a la deriva y sin brújula.

¿Habrán que reforzar el discurso acerca de los valores? No se trata de aumentar la literatura sobre la *transversalidad*, ni de regresar a lo peor de la pedagogía directiva: su dimensión ideológica y manipuladora del pensamiento. La carencia mayor que acusa la educación es la de interlocutores válidos en el diálogo alumno-educador. Los valores se perciben cuando se ven encarnados en las personas y se devalúan si el mensaje aparece como pura abstracción, sin el respaldo de la vida. «Hay maestros que son como piedras miliare: muestran el camino a los demás, pero ellos se quedan parados» (*Sermón* 119,2). Cuando el educador pierde autoridad moral, se termina por rechazar sus enseñanzas (cf. *La doctrina cristiana* 4,27,60).

Hablar de *acto educativo* es, o puede ser, referirse a un todo en el que se mueve un amplio cuadro de actores: la escuela, la familia, los amigos, la calle, los medios de educación, la Iglesia, el medio social y cultural... En ese mar bracea el alumno buscando mantenerse a flote y llegar a una orilla segura donde plantar la tienda. Hay que desembarcar y buscar habitación en la gran casa del mundo.

Vamos a fijar la atención sólo en dos actores: el protagonista y el educador o educadora. El protagonista, no hay que

repetirlo, es el alumno. ¿Cómo es ese varón o esa mujer que tenemos delante? Nos sobran fotografías, radiografías y etiquetas. Los sociólogos hacen su estudio anual y dejan sobre nuestra mesa un informe. Datos y sondeos no nos faltan; ahora, ¿qué?

Como ha dicho García Roca, el barómetro juvenil marca siempre «*variable*» (cf. Joaquín GARCÍA ROCA, *o.c.*, p. 5). No nos sirven las imágenes estáticas ni los instrumentos fijos. Son personajes, figuras en movimiento con diversidad de identidades que pasan ante nosotros velozmente.

Tampoco hay que invertir mucho tiempo en hojear estudios sociológicos porque se nos puede pasar la vida en el intento de describir la fisonomía de los jóvenes. La juventud no existe, existen los jóvenes. Cada uno con un nombre, una estatura, una historia. Todo lo que no sea una educación personalizada corre el riesgo de ser un mensaje sin destinatario. Algo así como la carta depositada en el buzón y que hemos olvidado escribir en el sobre la dirección.

Si el agente principal de la educación es el alumno, el educador es agente secundario del proceso educativo, cuya función es la de ayudar como testigo simbólico. «*El testigo reúne en un solo ser la unidad y la transparencia. Goza de unidad porque su ser, su hacer y su decir constituyen una unidad de sentido. Es decir, existe una completa armonía entre aquello que dice y aquello que hace. Esta unidad del maestro o del testigo simbólico es, además, transparente. Porque su pensar y su*

acción son completamente transparentes entre sí, es decir, no hay penumbras ni oscuridades» (Francesc TORRALBA, *Pedagogía del sentido*, Ed. PPC, Madrid 1997, p.165).

El ejercicio de esta función sólo es posible desde la cercanía. Lo advierte san Agustín: «Nadie logra elevar al otro a su propio nivel a no ser que él mismo descienda al nivel del otro» (*Carta 11,4*). Es la misma idea que Gabriel García Márquez, aquejado por un cáncer linfático, expresa en su carta de despedida a sus amigos: «*He aprendido que un hombre sólo tiene derecho a mirar a otro hacia abajo, cuando ha de ayudarlo a levantarse*».

PARA EL DIÁLOGO

- **¿Somos conscientes de que los alumnos son los indicadores más exactos de los cambios producidos en la sociedad actual?**
- **¿Qué valores comunes pueden servir de punto de encuentro para alumnos y educadores?**
- **En la organización de la vida escolar, ¿se tiene en cuenta –de verdad– que el alumno es el protagonista del acto educativo?**

EDUCAR ES DESPERTAR PERSONAS

El arpa dormida en un ángulo oscuro del salón es el símbolo del alumno, olvidado, perdido en el anonimato de un

grupo. Mounier se pregunta: «*¿Cuál es la meta de la educación? No hacer sino despertar personas. Por definición, una persona se suscita por una llamada, no se fabrica por domesticación*» (E. MOUNIER, *Obras completas*, vol. III, Ed. Sígueme, Salamanca 1990, p. 544). Llamada personal y directa.

Teóricamente, es fácil estar de acuerdo sobre casi todo. ¿Quién va a poner en duda que el alumno es importante? Otra cosa es que en mi vida se vislumbren actitudes y gestos de dedicación a los alumnos, que desde mi observatorio como educador contemple la singularidad de cada persona, «pues a pesar de que a todos se les deba la misma caridad, no a todos se les ha de dar la misma medicina. La caridad fortalece a unos, pero se hace débil con otros; a unos procura edificarlos, mientras que a otros tiembla para no ofenderlos; se humilla hacia unos, se ensalza hacia otros; con éstos es suave, con aquéllos es severa; de nadie es enemiga, pero de todos es madre» (*La Catequesis a principiantes* 15,23).

Lo que más diferencia a nuestros alumnos –como a todas las personas– no son sus aptitudes intelectuales, su inteligencia, como su voluntad y su constancia. La palanca de la voluntad –que es fe en las propias posibilidades– puede mover montañas y puede suplir otras posibles carencias. La vida está hoy planteada más para los corredores de fondo que para los especialistas en distancias cortas.

Hay personas que viven frenadas porque nadie ha sido capaz de citar su nombre, no se han sentido convocados por nadie y para nada. Es ese estado de adormecimiento nihilista que amortigua cualquier proyecto. ¿Qué espuela utilizar para lograr una reacción inmediata? ¿Cómo suscitar intereses y esperanza? Desconocen sus posibilidades y sus límites, la inmadurez afectiva les lleva a un estado crónico de melancolía, la falta de lectura crítica de la realidad invita al desaliento, la autonomía personal se ve asfixiada por el ambiente... ¿Qué espacio queda para el crecimiento del yo? ¿Con qué aliento se puede tener como horizonte un proyecto de vida? Es fácil advertir que en la sociedad contemporánea se han abierto distintas vías de agua que hacen tambalearse el mundo juvenil por la ausencia de referentes, de memoriales. Hay un eclipse que oculta, por igual, el pasado y el futuro. Sólo queda, entre sombras, el frágil y vulnerable presente. Todo tiene una honda repercusión en el mundo de los jóvenes y en el mundo de la pedagogía. Los jóvenes, porque ven crecida su inseguridad; los educadores, porque no siempre aciertan a conciliar emotividad y racionalidad para presentar unas razones que cautiven. *«Los escultores rompen los moldes asestándoles un golpe con una maza. Ante las personas adormecidas habría que hacer lo mismo, batir las manos con fuerza y gritar: “¡Despierta! ¡La vida está aquí!, ahora es tuya. En vez de huir, ¡aférrala!”»* (Susana TAMARO, *Querida Mathilda*, Ed. Seix Barral, Barcelona 1998, p. 137).

Esta apuesta por la juventud y por el futuro puede chocar con dos obstáculos: la experiencia idealizada que los adultos podemos tener de nuestros años jóvenes, que lleva a rechazar el presente, o que todo el bagaje de nuestra experiencia sirva, solamente, para decir que estamos ante una época de declive. Ninguna de ambas actitudes es verdadera. Decir que no todo vale y no todo es perfecto en el mundo de nuestros alumnos, es una afirmación que se puede trasladar, igualmente, al mundo de los adultos. En definitiva, nuestra mirada sobre los alumnos forma parte de una mirada más panorámica sobre la humanidad y sobre el mundo. El excesivo realismo puede ir carcomiendo esa necesaria reserva de utopía necesaria para vivir. Hay que recordar que la utopía no es ejercicio de ingenuidad, sino de madurez. *«La educación sólo puede existir como quehacer regido por la utopía. Lo mismo puede decirse de la ciencia, el arte, la medicina... ¿Qué haríamos los hombres sin sueños? ¿Qué nos movería a avanzar? Pero creer en la utopía es compatible con la máxima profesionalidad y rigor científico en los medios para alcanzarla. Es más, la prueba de la solidez de nuestras aspiraciones es el realismo y seriedad en el esfuerzo para hacerlas realidad»* (Merces MUÑOZ-REPISO IZAGUIRRE, *Educación en positivo para un mundo en cambio*, Ed. PPC, Madrid 2000, p. 78).

LUCHAR POR LA ALEGRÍA EN LA ESCUELA ES UNA FORMA DE LUCHAR POR EL CAMBIO EN EL MUNDO (Paulo Freire)

Una pedagoga brasileña, Branca Jurema Ponce, titulaba su ponencia en el II Congreso de Educadores agustinianos, celebrado en Belo Horizonte - MG (3-6 de septiembre de 1999): «¿Cómo está el placer en la escuela?». La pregunta puede sonar a extraña en algunos ambientes. En vez de emparejar escuela con placer, escuela se suele asociar a disciplina, trabajo, renuncia... Y eso que vamos logrando borrar esa imagen falsificada de la escuela del pasado, que el cine y la novela quieren recordar obsesivamente.

Lo de «*al Colegio con alegría*» sólo es un reclamo comercial, cuando debiera ser mucho más. Hora es de que en las facultades de Pedagogía y de Psicología se estudie una asignatura –o se dedique un curso monográfico– a las cualidades terapéuticas del buen humor. El buen humor es saludable, y, más que una cierta facilidad para la carcajada, es un talante frente a uno mismo y frente a la vida. Don Quijote no ha pasado a la historia como un aventurero demente o Charlot como un vagabundo fracasado. Detrás de estas dos creaciones geniales de Cervantes o de Charles Chaplin se esconde el sabio, el poeta, el soñador de un mundo mejor, el hombre de bien, siempre defensor de los más débiles e indefensos. Casi todos hemos descuidado el cultivo del humor y de la ternura. Por eso, frecuentemente,

nuestros juicios son tremendistas y solemos pintar la realidad con colores oscuros. Alguien escribió que el humor es «*una manera de sonreír entre lágrimas*». Trasladado al complejo y burocratizado mundo de la educación, el humor sería una manera de sonreír entre programaciones, proyectos curriculares y evaluaciones. Dicho de otro modo, una forma de entrar y estar en el aula, un modo de entender la educación desde un ángulo positivo, desde una mirada cariñosa y profunda.

San Agustín escribió una obra titulada *La Catequesis a principiantes*. El texto completo se puede encontrar en el tomo XXXIX de las obras completas publicadas por la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC). Compuso este libro a petición de un diácono de Cartago que se llamaba Deogracias. Aunque era un hombre de muchas cualidades, quería recibir algunas orientaciones para cumplir con su ministerio de catequista.

Es un manual práctico, con algunas importantes innovaciones sobre el contenido y el método de la catequesis. Quizá la novedad más importante es que Agustín introduce la observación psicológica y la reflexión metodológica acerca de la enseñanza religiosa. Hay observaciones de una modernidad sorprendente. Habla del lenguaje, del ambiente como elemento que favorece o impide el aprendizaje, de las condiciones psicológicas del alumno, del aburrimiento –tanto del que enseña como del que aprende–, de la rutina, del amor en la enseñanza y de la *alegría* en la entrega a los alumnos.

Lo que san Agustín señala como actitudes necesarias para la catequesis se puede ampliar, sin forzar para nada los textos, a la enseñanza en general. «Lo que hay que conseguir en la catequesis –advierte Agustín– es que el catequista enseñe con alegría, porque cuanto mayor sea su alegría al enseñar, tanto mejor será la disposición de los oyentes al escuchar. Y, sin duda alguna, se nos escucha con mayor agrado cuando también nosotros nos recreamos en nuestro propio trabajo, porque el hilo de nuestro discurso vibra con nuestra propia alegría y fluye con más facilidad y persuasión» (*La Catequesis a principiantes* 2,4). Y, teniendo delante la segunda Carta de san Pablo a los Corintios (9,7), subraya: «Si Dios ama a los que comparten los bienes materiales con alegría, ¿cuánto más no amará a los que dan la riqueza espiritual?» (*La Catequesis a principiantes* 2,4).

San Pablo y san Agustín insisten en una misma idea: no se trata sólo de dar, sino de dar con alegría. Buen lema para educadores. A nadie se le escapa que la alegría verdadera es la temperatura del espíritu, un clima interior. Algo perfectamente compatible con el trabajo profesional, más serio y sistemático. Hay posturas de seriedad artificial que dan risa por su teatralidad. Y la tristeza puede tener un doble filo hiriente porque nos endurece, nos atrinchera y es, a veces, una forma de atormentar y atormentarnos.

Una buena noticia para los educadores: a pesar de reformas sucesivas, a pesar

de que los alumnos actuales son diferentes (¿qué otra cosa podíamos esperar?), a pesar de la incompreensión de algunos padres y de algunos sectores de la sociedad..., a pesar de todo –pidiendo prestado a José María Cabodevilla el título de uno de sus libros–, *aún es posible la alegría*.

Un Papa que sólo vivió treinta días como Papa –Juan Pablo I– tuvo muy poco tiempo para escribir encíclicas y documentos solemnes. Nos dejó como testamento una sonrisa inolvidable. Cuando era Albino Luciani había escrito: «Ayudar en lo que esté en nuestras manos, no llevarse mal, ser comprensivos, mantenerse serenos y sonrientes (*¡todo lo que se pueda!*); en estas ocasiones, eso es amar al prójimo sin retórica y con sentido práctico» (Albino LUCIANI, *Ilustrísimos Señores*, Ed. BAC, Madrid, p. 184).

Luchar por la alegría en la escuela –de acuerdo con la frase de Freire que encabeza este apartado– tiene mucho que ver con los profesores: «En muchas ocasiones (...), nos acercamos a nuestro trabajo entristecidos y molestos porque no se nos concede disfrutar del orden deseado para nuestras cosas y porque no podemos llegar a todo. Y así la exposición, que nace precisamente de esta tristeza, resulta menos agradable porque brota con menos lozanía de la aridez de nuestra tristeza» (*La Catequesis a principiantes* 10,14). Hacemos nuestras programaciones, nuestro calendario y resulta que el ritmo de la clase no responde a nuestras previsiones.

Comenzamos, entonces, a repetir diariamente que vamos muy atrasados, el curso pasado ya habíamos terminado este tema, si continuamos así, probablemente no vamos a poder concluir el programa... El resultado es que nos presentamos en el aula cariacontecidos y tensos.

También los alumnos son artífices del clima escolar y pueden contribuir a la alegría o al tedio. Hay que superar la dicotomía entre deber y placer. Todos somos sujetos de deberes, y renunciar a ellos, o recortarlos en un equivocado afán por liberar el camino de obstáculos, es una forma de degradación personal. La clave puede estar en el concepto de educación como proyecto común y el reconocimiento del protagonismo del alumno.

Decir que la educación es un proyecto común no significa, de ningún modo, la equiparación de funciones. Supone la participación de todos, cada uno desde su lugar. Decir que la escuela se resume en la dialéctica profesor que enseña - alumno que aprende, obedece a un esquema incompleto que nunca ha sido válido. Ni el profesor es una máquina de enseñar ni el alumno un depósito vacío que hay que llenar. El aprendizaje y la educación comienzan allí donde están los alumnos. En su espacio físico y, sobre todo, en su territorio psicológico, cultural, vital. Cualquier otro modo de entender el papel del profesor equivaldría a un distanciamiento premeditado de la realidad. Nunca se puede olvidar que educar exige una búsqueda y un encuentro.

UNA MIRADA COMPASIVA SOBRE LA REALIDAD

Nadie es capaz de ver la realidad como es, sino que todos la interpretamos. Sucede lo mismo con los alumnos y alumnas. Según somos y según es nuestro estado de ánimo, tendemos a interpretar el mundo que nos rodea.

Los juicios acerca de los jóvenes pueden ir de la adulación a la condena generalizada. «Ahora son más auténticos –se oye– o ¿qué futuro podemos esperar de esta juventud irresponsable?». Son los juicios apresurados de calle que no se pueden compartir desde una mirada benevolente. Por muy negativos que fueran los análisis sobre la sociedad y sobre los jóvenes, el educador no puede sumarse al coro de los profetas de calamidades. Frente a la blandura cómplice o el fatalismo negativo, la crítica serena de quien observa con simpatía y no suma la suya a la cadena de condenas sistemáticas. Hay que educar la mirada y aprender a ver a los alumnos como son, no como nos gustaría que fueran.

Si *el mundo está mal*, los jóvenes también, naturalmente. Los jóvenes, los adultos..., nadie se escapa de ese anatema que cubre el universo. La pasión fundamental del educador está estrechamente unida a su esperanza, y consiste, fundamentalmente, en la gratuidad.

Tampoco es para que repitamos la sintonía de *lo mucho que nos hemos*

sacrificado por vosotros. Es verdad que hemos repetido la Noche de Reyes, muchos días y muchos meses, llenando su habitación de cosas que van de lo conveniente a lo inútil. Nuestra generosidad, sin embargo, ha estado descompensada y ha atendido más el capítulo de las necesidades materiales que la educación de la voluntad o de los sentimientos. Centramos demasiado esta carencia en el llamado *eclipse de la familia*, pero a la falta de padres suele acompañar la falta de maestros. Nuestra sociedad sufre una grave carencia de líderes y de modelos, y los alumnos –que son el termómetro del instante– denuncian que sobra representación, culto a la imagen y a la cuenta corriente. Es la sociedad entera la que proclama que lo importante es incrementar al máximo la producción de instrumentos al servicio del confort material. Reducidas todas las perspectivas al incremento del bienestar, «corre el riesgo de quedar aniquilada la vida del espíritu». Así lo ha denunciado Álvaro Mutis, Premio Cervantes, que, junto con el editor Javier Ruiz Portella, han lanzado un audaz *Manifiesto contra la muerte del espíritu* (diario *El mundo*, «El cultural», 19-25 de junio de 2002, pp.6-9).

Lo fácil es convertir a los jóvenes en diana de la crítica. Hablando de los adultos, escribe Pedro Miguel Lamet: «Yo les digo que ellos también tienen su litrona, sus drogas más o menos blandas. Mamá pierde el control cuando entra en una boutique o unos grandes almacenes y papá siempre está eligiendo automóvil en su imaginación. Desde la cadena de música al chالé, pasando por la videocámara, el jacuzzi o el golf, según

los casos» (Pedro Miguel LAMET, *Cartas a Mariam y a la generación del 2000*, Ed. Espasa Calpe, Madrid 1997, p. 48).

Nuestra visión puede quedar cautiva de esta realidad. Sólo una mirada sosegada y compasiva puede descubrir otros ángulos más soleados. De esta mirada panorámica dependerá nuestro juicio sobre los jóvenes, sobre los alumnos, sobre sus padres. En vez de multiplicar las condenas y los aspavientos, no hay más sendero que sentirnos carne de nuestro tiempo y entablar una relación de diálogo samaritano. Se impone un ejercicio de humanidad para no perder el tren de la educación y entablar una relación interpersonal que induce valores porque compartimos tiempos, espacios y búsquedas. Paulo Freire advierte que nadie educa a nadie, que crecemos y nos educamos con los otros (cf. *La educación como práctica de la libertad*, Ed. Siglo XXI, Madrid 1989).

La educación se juega más fuera de la escuela que dentro. Por eso, cada vez más, hay que preguntarse por la consistencia de cada respuesta y la validez de cualquier recomendación cuando los alumnos se encuentran a unos metros de las aulas. Quedan descartadas todas las formas de paternalismo protector que, a la larga, abandonan al desamparo. La meta de la educación es la libertad del alumno y no crear dependencias ni sentirse imprescindibles. San Agustín reflexiona a partir de la observación de la alimentación infantil: «Como una madre da de comer a su hijo pequeño, no para que se quede pequeño, sino para que crezca, el buen maestro debe dar a sus pupilos el alimento apropiado para que

llegue el día en que, habiendo crecido, ellos mismos sepan procurarse el alimento» (*Sermón 23,3,3*).

HACER CAMINO CON ELLOS

Hay un *ellos* y un *nosotros* que es inevitable. Edades y papeles diferentes, distinta formación... Para qué insistir en lo obvio. Por intentar borrar todos los límites se ha caído en el ridículo de improvisar un lenguaje o vestir unas prendas que contrastan con los datos del carnet de identidad.

También sucede que las diferencias objetivas se amplían con otras que no pasan de ser estereotipos. Se establece una frontera y, en una parte, se colocan los que ya han llegado, los responsables y maduros, los hombres y mujeres de experiencia... De otra parte, los que están por llegar, los jóvenes inconsecuentes y contradictorios. Mal esquema para establecer la confianza y peor guión para cualquier diálogo educativo. Así las cosas, son los alumnos quienes tienen que hacer el viaje hacia el territorio de los adultos.

Sin renunciar cada uno a desempeñar el papel propio, hay que romper la dinámica de caminos separados. La escuela es un ámbito de encuentro, mucho más que un espacio físico, que hace posible situarse en un mismo camino. El proyecto de persona y de sociedad que la escuela propone no lo han agotado ya los educadores, sino que también es su proyecto.

Hacer camino con ellos es una consigna que se abre en dos direcciones: reconocer a los alumnos como *constructores del camino*, o *caminar con ellos*. No todos los caminos están ya trazados. La vida ofrece una permanente novedad y desborda las previsiones. Y los caminos ya abiertos son muchos, demasiado largo y, con frecuencia, excesivamente empinados como para hacerlos en solitario. Hay, sin embargo, un ejercicio desigual de reciprocidad. Los alumnos son más permeables y el influjo de los educadores es mayor que en dirección inversa. Por eso es oportuna la advertencia de san Agustín: «De la misma manera que eliges con cuidado lo que has de comer, debes elegir con cuidado lo que has de enseñar. Lo que tú enseñas es el alimento de quien te escucha» (*Comentarios a los Salmos 51,10*).

Decir que hay distintos caminos es reconocer ese pluralismo que se ve y se palpa a nuestro alrededor. Fenómeno ambivalente, porque ofrece la riqueza de la diversidad y es exponente de libertad. Sin olvidar que también puede situarnos sobre el suelo movedizo de la confusión y relativismo.

CONOCER SUS CIRCUNSTANCIAS

Lo dijo Ortega y los demás lo hemos repetido mil veces como una melodía pegadiza. Cada ser humano está rodeado y condicionado por sus circunstancias. No quiere decir que

suframos de una absoluta indefensión ante las circunstancias, sino que hay que contar con ellas porque forman parte de nosotros mismos.

¿Qué circunstancias rodean y empapan a nuestros alumnos? Es una pregunta fundamental para que la educación no nos pille con el paso cambiado. La respuesta es difícil y sólo cabe un esbozo muy general de aproximación. Los jóvenes están inmersos en un mundo y una sociedad que participan de la convulsión de una crisis cuya amplitud llega a todos los repliegues de la vida. Todos respiramos una atmósfera común de perplejidad, de sospecha y de incertidumbre que genera inseguridad. En este mar bracean los jóvenes.

Un círculo más próximo es la familia. Tampoco goza de buena salud. Se habla de la necesaria revisión de las relaciones conyugales, de alternativas posibles, de profunda crisis institucional. A pesar de todo, la familia continúa cotizando alto en la valoración de los jóvenes. «*Es el único lugar donde te quieren por lo que eres, no por lo que tienes*», decía un alumno.

«A nuestros hijos no les sirven los valores a los que se aferra la familia tradicional, los roles clásicos del hombre y la mujer, el autoritarismo, lo de siempre..., como si la vida no hubiera cambiado desde que llevábamos calcetines. Ellos

evoluciona tan rápidamente que sus esquemas y estructuras caducan antes de haber fabricado otros. Se resisten a afrontar sus problemas con nuestros valores, ya que para ellos es absurdo solucionar problemas nuevos con medios que consideran viejos (...). Quizás la familia tradicional, patriarcal, autoritaria no haya sabido transmitir actitudes, sino patrones de comportamiento. Yo creo que andamos faltos de actitud de diálogo, acogida, respeto mutuo, escucha, confianza, servicio, apertura, alegría, bondad.»

(M.^a Ángeles GARCÍA, entrevista en *Misión abierta*, n.º 1, 1991, p. 12)

El cuadro de la familia actual es variopinto y todos hemos encontrado, en nuestra relación con los padres, una amplia variedad de situaciones. Un sociólogo describe a los jóvenes actuales como «*hijos de padres agnósticos y nietos de abuelas evangelizadoras*». La cadena de bautismos y de primeras comuniones no se rompe por razones de imitación social o, simplemente, para evitar que el niño se sienta o sea tachado de distinto.

La presión competitiva es un rasgo de la sociedad contemporánea. Esta nota marca el individualismo y debilita la solidaridad. Hay que ser el mejor

porque sólo los mejores triunfan. Quizá se podría llegar a una síntesis enriquecedora. Ni *lo importante es participar*, ni *la victoria a cualquier precio*. Cada persona tiene que tomarse en serio su vida, adquirir una serie de competencias y de habilidades y desarrollar al máximo sus aptitudes. En la confrontación con otras personas es inevitable la comparación y la lucha legítimas. El riesgo es que la familia y la escuela –por la presión social– vayan produciendo un tipo de hombre y de mujer muy preparados para el mercado laboral, pero insensibles a su entorno.

Otro rasgo que no podemos olvidar es el espíritu consumista. Ya se habla de una *cultura del consumo* que nos envuelve e incita a todos. Los grandes almacenes son, hoy, los templos del consumo que reúnen a miles y miles de personas. Por eso se abre paso con dificultad la exigencia ética de la austeridad. Hay una pregunta que debemos hacernos descaradamente: ¿nuestras estructuras organizativas presentan una alternativa a esta cultura?

Finalmente, la ausencia de pensamiento crítico por el gran poder de los medios de comunicación. Se impone el cultivo del pensamiento autónomo y libre para que no vaya avanzando posiciones la cultura del telespectador-oyente pasivo, indefenso ante la avalancha de publicidad, de mensajes cerrados, de noticias hábilmente maquilladas. Es necesaria la osadía de pensar por nosotros mismos.

«¡Atrévete a pensar! tendría que ser uno de nuestros afanes educativos. Ahora bien, esta inquietud ha de nacer de la tensión intelectual que debería correr por la sangre educativa de los docentes. Sin embargo, es triste reconocer que, en ocasiones, nuestras salas de profesores se llenan de conversaciones superficiales o se quedan en el desahogo esporádico ante la última trastada que nos han hecho. El hábito de lectura, de estudio, de actualización, de conversación y de debate están muy lejos de ser una realidad cotidiana en muchos de nosotros.»

(Luis A. ARANGUREN GONZALO, *Caminar con sentido y esperanza*, en *Una escuela para el camino*, Ed. San Pío X, Madrid 1999, p. 74)

Hasta aquí algunas de las *circunstancias* que acompañan a nuestros alumnos y nos acompañan, también a nosotros. Ellos, sin embargo, tienen un sistema inmunológico menos defensivo que el de los adultos. Por lo menos, teóricamente. En la práctica no siempre sucede así, y somos agentes de transmisión de todos los factores de riesgo que se han apuntado. Aunque sea insistir sobre una idea que aparece en otros temas, los niños y jóvenes sufren hoy de soledad. En algunos casos, viven su dolor y sus dudas en una cierta

clandestinidad que, a juicio de psicólogos y psiquiatras, va incubando depresiones y trastornos a una edad demasiado temprana.

Ante la hostilidad de un ambiente agresivo o poco gratificante, pueden producirse reacciones que van de la marginación voluntaria a la evasión, que compensa muchos fracasos. Son respuestas equivocadas a un problema verdadero.

En este marco, educar es *el arte de acompañar a caminar*, ayudar a elegir el propio camino. ¿Que cómo se hace todo esto? No existe un manual porque cada persona tiene una historia singular. Una advertencia, no obstante, que no debemos olvidar: no se trata de preparar a los alumnos para la vida adulta, sino de sumergirnos todos responsablemente, apasionadamente, en la vida que ya estamos viviendo y de la que nos estamos ocupando. Quien entiende su propia vida *con los otros y para los otros* y quien lleva en el alma la cicatriz de muchas rectificaciones, puede ser experto en humanidad, puede acompañar y puede proponer con un exquisito respeto a la libertad: «No quisiera que nadie aceptase pasivamente lo que enseñó para ser mi seguidor, a no ser en aquello que él mismo descubre que no estoy equivocado» (*Sermón 23,1,1*).

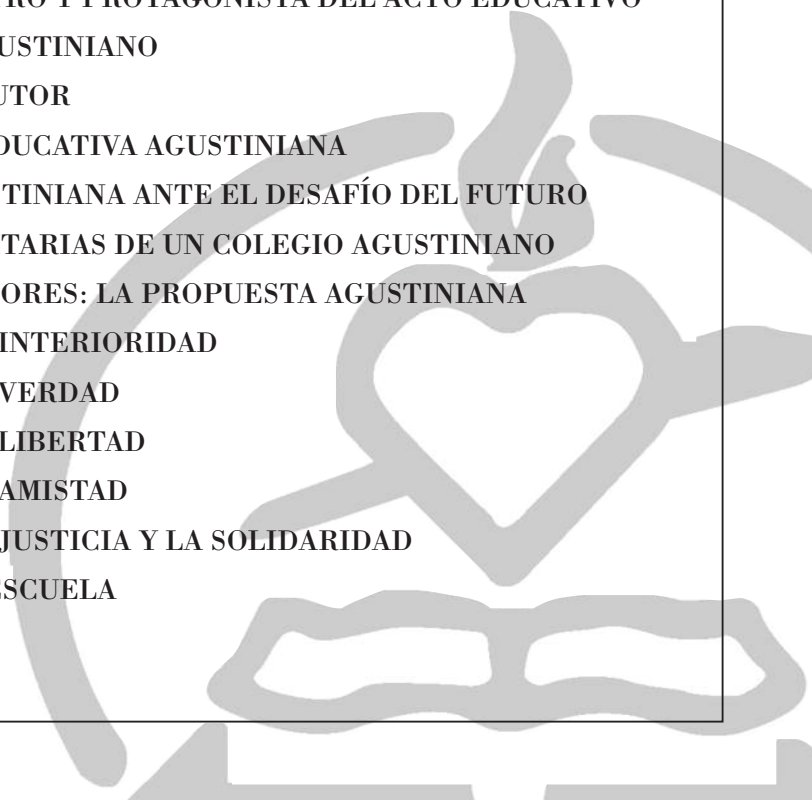
En el libro *Notas para una educación agustiniana*, FAE, Madrid 1994, Francisco Galende presenta el *Decálogo para una educación agustiniana*. El octavo mandamiento se titula *Delegar el protagonismo educativo al propio educando*. A continuación de este epígrafe escribe: «*Nadie se educa si no se autoeduca. El éxito de la educación está en lograr que el propio educando vaya por delante*» (o.c., p. 141).

PARA EL DIÁLOGO

- **En nuestras reuniones de evaluación, ¿contemplamos la singularidad de cada alumno?**
- **¿De qué modo atendemos personalmente a los alumnos, sobre todo a los más necesitados de orientación?**
- **Nuestras actitudes y gestos cotidianos, ¿presentan una alternativa de vida a la cultura del consumo y la ausencia de pensamiento crítico?**
- **¿Qué estrategias podríamos ensayar para que el estilo de nuestra educación fuera, verdaderamente, el arte de acompañar a caminar?**

TESTIGOS EN LA ESCUELA

PROGRAMA DE FORMACIÓN PARA EDUCADORES AGUSTINIANOS

1. SAN AGUSTÍN CONTEMPORÁNEO
 2. SAN AGUSTÍN, PENSADOR Y SANTO
 3. LOS NUEVOS HORIZONTES DE LA EDUCACIÓN
 4. EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN
 5. PENSANDO EN LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA
 6. PERFIL DE UNA PEDAGOGÍA AGUSTINIANA
 7. HACIA UNA METODOLOGÍA AGUSTINIANA
 8. EL IDEARIO O CARÁCTER PROPIO DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 9. PSICOLOGÍA DE LAS RELACIONES PERSONALES
 10. EL ALUMNO, CENTRO Y PROTAGONISTA DEL ACTO EDUCATIVO
 11. EL EDUCADOR AGUSTINIANO
 12. LA FIGURA DEL TUTOR
 13. LA COMUNIDAD EDUCATIVA AGUSTINIANA
 14. LA ESCUELA AGUSTINIANA ANTE EL DESAFÍO DEL FUTURO
 15. OPCIONES PRIORITARIAS DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 16. EDUCACIÓN Y VALORES: LA PROPUESTA AGUSTINIANA
 17. EDUCAR PARA LA INTERIORIDAD
 18. EDUCAR PARA LA VERDAD
 19. EDUCAR PARA LA LIBERTAD
 20. EDUCAR PARA LA AMISTAD
 21. EDUCAR PARA LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD
 22. TESTIGOS EN LA ESCUELA
- 

Cuadernos 